Viajeros: El Resurgir

Ana CS

Capítulo 1

PRÓLOGO

‹‹Cada uno somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro infierno.›› **—Oscar Wilde.**

Cuando la simpleza le gana a la extravagancia, el intelecto a la ignorancia y la bondad a la malicia, piensas que la felicidad es posible y que no necesitas más en tu vida. La mía era ideal. Tenía una familia a la que adoraba; dos hermanos con los que me llevaba bien la mayoría del tiempo; y un padre que se desvivía por nosotros. Tenía al mejor novio del mundo. Estábamos a punto de irnos a vivir juntos y, aunque no teníamos pensando casarnos todavía, aquello no era algo que nos preocupase. Además, tenía el trabajo de mis sueños, por las mañanas me dedicaba a vivir aventuras a través de la literatura —mi hobby eran las novelas de misterio—, y por las tardes hacía que otros las viviesen por mí, organizando viajes de ensueño en la pequeña agencia que tenía con mi amiga.

Muchos pensaréis que puede que estuviera loca al pensar esto, pero yo sentía que necesitaba algo más, algo emocionante por lo que mereciese la pena vivir y, al mismo tiempo, querer dar la vida por ello. Todas las mañanas me levantaba con sensación de que ese día comenzaría una nueva aventura, pero siempre era igual.

Entonces llegó el 28 de septiembre, un día marcado en mi agenda con varios círculos en rojo. Era el día de mi cumpleaños, pero no un simple cumpleaños, sino los veintiocho. Mi familia no era de celebraciones, y mucho menos después de la muerte de mi madre, pero cuando era nuestro cumpleaños solíamos tirar la casa por la ventana y este año no iba a ser excepción. Sin embargo, ese día llegó con una sorpresa, una que nos cambió la vida a todos: mi muerte.

Lo que me ocurrió no os lo puedo decir todavía, pero lo que pasó a raíz de esta tragedia podréis descubrirlo vosotros mismos.

1. CAÍDA AL VACÍO.

Un fuerte calambre en el pecho hizo que me despertara de golpe. Había soñado que estábamos probándonos vestidos de novia con la futura esposa de mi hermano y nos estábamos divirtiendo bastante. Me dolía mucho la cabeza, pero no era la primera vez que me despertaba así. Intenté levantarme para ir a por un analgésico, pero había algo que me lo impedía, eran como esposas que me ataban a la cama y no me dejaban

moverme. Tampoco podía abrir los ojos y cuanto más lo intentaba más me dolía la cabeza. Entonces volví a notar aquel fuerte calambre, esta vez más intenso y más desgarrador.

—No es gracioso, soltadme —rogué, pero no me hicieron caso.

Escuchaba voces a lo lejos y, aunque no lograba distinguir lo que decían, sabía que hablaban de mí. Un rato después dejé de sentir que estaba atada. Me estaban moviendo y era frustrante no ver nada porque me moría de ganas de saber lo que estaba ocurriendo. Quizá me estaban gastando una broma. Mis amigos sabían que era muy difícil sorprenderme ya que siempre me enteraba de sus planes, por eso tal vez se les había ocurrido esa macabra manera de hacerlo. Si estaba en lo cierto, no me gustaba nada y tenía claro que en cuanto me dejasen moverme me iría de allí.

Se escuchaban los pasos de varias personas junto con las ruedas del objeto en el que se suponía que me estaban transportando. Al movernos no notaba nada, el aire no se movía ni había ningún olor que me pudiese indicar hacia dónde estábamos yendo.

Aún con los ojos cerrados veía luces como si me estuvieran alumbrando con algún foco o una lámpara muy potente.

‹‹Quizá estén a punto de desatarme››, pensé al no escucharlos.

Era extremadamente incómodo y hacía que hasta yo misma estuviera impaciente por saber lo que pasaría después. Esperé. Contaba los segundos para saber cuánto tiempo más iba a estar así, pero todo seguía igual, ni un solo ruido.

De repente empecé a sentir que me caía, como cuando estás soñando y tienes la sensación de perder el equilibrio. Lo bueno de esos sueños es que acto seguido te despiertas. Yo esperaba hacer lo mismo, poder abrir los ojos y ver las caras de los culpables de aquella broma.

Sin embargo, no fue así. En vez de verlos a ellos me encontré con un cielo completamente azul, sin una sola nube. Por fin podía moverme y me sentí aliviada al ver que no tenía nada que me atase. Al contrario de lo que pensaba, estaba sobre la hierba, a la orilla de un lago con el agua completamente roja.

—¿Dónde diablos estoy?

Al ver aquel color me asusté de que pudiese estar provocado por mi sangre, pero no tenía ni un rasguño. Me sentía mejor que nunca. Ya no me dolía la cabeza y el recuerdo del calambre que había tenido en el

pecho parecía haber sido solo una pesadilla.

Me acerqué lentamente hasta el agua para tocarla y comprobar si aquello era real. Justo cuando estaba a punto hacerlo una fuerza me empujó hacia dentro, haciendo que todo mi cuerpo se sumergiera. Quise salir, pero una especie de tentáculo me sujetó fuerte del brazo impidiéndomelo. Cada vez me hundía más y más, hasta que de repente escuché mi nombre. Alto y claro, como si supieran exactamente quién era.

—Lyla Reilly —repetía una y otra vez una voz femenina. Me resultaba muy familiar, pero no sabía de quién era. Me giré para ver de dónde procedía, pero no vi nada, ni peces ni plantas, ni siquiera había rocas que me indicasen el fondo del lago, solo oscuridad.

Al estar bajo el agua no notaba que me faltara el aire. Parecía como si, a pesar de estar siendo arrastrada hasta el fondo de aquel lago, estuviese dentro de una burbuja de aire que me protegía.

—¿Quién eres? —conseguí decir y, al escucharme, me di cuenta de lo realmente asustada que estaba. Nadie contestaba—. ¿Quién eres? —volví a preguntar, esta vez alzando más la voz.

—Soy tu ángel —susurró y noté como si me lo estuviese diciendo al odio para que solo yo lo escuchara.

—¿Mi ángel? —repetí, confusa.

—Tu ángel de la muerte —aclaró, lo cual me resultó cómico a la vez que aterrador.

Justo cuando parecía que iba a llegar al fondo, mi cuerpo se golpeó contra algo duro y empecé a dar vueltas hasta que aparecí en otro lugar. Ya no había agua, aunque mi ropa estaba empapada. Estaba en la calle y todo el mundo a mi alrededor me miraba, no con espanto sino con sorpresa. Se alegraban de verme y no sabía por qué. Miré a todos lados con la intención de averiguar dónde estaba, pero nada me resultaba familiar. Todo a mi alrededor eran edificios enormes sin ventanas. No había ningún árbol ni siquiera los típicos puestos de comida que hay en todas las ciudades. Las calles estaban limpias, parecía que nunca nadie hubiese pasado por ellas. Tampoco había semáforos ni carteles. Luego miré a las personas, en un intento de reconocer alguna cara. Había dos grupos diferenciados, unos pocos iban de rojo y azul y el resto de blanco. Un blanco que hacía daño a la vista. No conocía a nadie.

En ese momento, apareció un pequeño pájaro de color granate con los ojos saltones y el pico pequeño. Cuando más batía sus alas, más brillaban sus plumas. Se acercó a mí, esquivando a la gente que había en medio, y

se quedó mirándome también.

—¿Qué eres? —dije, al darme cuenta de que no era un simple pájaro.

—*He venido a ayudarte* —me respondió en un tono muy agudo. No parecía que hubiese abierto el pico para hablar y comprendí que aquella voz había sonado en mi mente.

—¿Por qué estoy aquí? —quise saber, pero al escucharme hizo un gesto extraño con los ojos, entrecerrándolos. No iba a contestar a mi pregunta.

—*Bienvenida a Cator* —dijo finalmente.

En ese instante, toda la gente se empezó a acercar a mí, formando un círculo. No me gustaba nada lo que estaban haciendo. Me daba la sensación de que querían algo de mí.

Sin vacilar, me hice paso entre ellos, golpeando a un par para poder escapar, y corrí lo más rápido que pude. No sabía dónde estaba, todo estaba desierto. Parecía que los únicos habitantes de aquel lugar habían ido a recibirme y se habían quedado allí. No podía saber si me estaban siguiendo o si ya sabían dónde estaba, por lo que decidí meterme en un callejón entre dos edificios para esconderme.

Me resultaba repugnante el hecho de que hasta la esquina más oscura de ese sitio estaba impoluta. Aquello no era normal y la única explicación que se me ocurrió era que todo eso no fuese real. Tal vez estuviera teniendo el sueño más realista de mi vida y solo necesitaba encontrar la manera de despertarme. Me pellizqué el brazo sin ningún resultado satisfactorio. Luego me golpeé la cara, pero solo conseguí que me escociera durante un rato. Resignada, me dejé caer en el suelo sin saber qué podía hacer para salir de allí.

‹‹*¿Qué me está ocurriendo?*››, me pregunté asustada.

De repente, como si se tratase de un espejismo, apareció una mujer bastante más mayor que yo con el cabello negro y los ojos de color ámbar. Llevaba un vestido plateado que la llegaba hasta los tobillos e iba descalza. Al ver que se acercaba hacia mí, me eché hacia atrás rápidamente para que no pudiera alcanzarme.

—No debes tener miedo —me dijo con voz serena.

—¿Qué hago aquí? —pregunté con un nudo en la garganta. Aquella persona parecía tan real.

—Tu vida en la tierra ha acabado —contestó alzando una mano.

—¡Aléjate de mí! —exclamé asustada. Ella suspiró sin dejar de sonreír—. ¡No me toques!

—Lyla Reilly, tu aventura no ha hecho más que comenzar —añadió y al decir mi nombre reconocí su voz, era la misma que la de aquel lago.

—¿Cómo sabes mi nombre? —respondí, tragando saliva

—Eso no importa —contestó con voz calmada. Sus ojos estaban ligeramente cerrados, parecía estar tranquila y querer transmitirme esa paz a mí, pero era imposible—. Ahora tienes que confiar en mí.

Alzó su mano de nuevo y la acercó a la mía con decisión. Al notar su piel, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Era como si dos polos iguales de un imán tratasen de juntarse y una fuerza magnética quisiera apartarlos. Cada vez que me tocaba la piel, pequeños calambres la hacían apartarse. Se quedó mirándome con el ceño fruncido, extrañada al igual que yo, nunca me había pasado aquello con una persona.

Entonces el mismo pájaro de antes volvió a aparecer batiendo sus alas con fuerza sobre mí. Parecía sacado de una película de dibujos animados, pero el hecho de que le estuviera viendo me hacía entender que algo en mi cabeza no estaba bien. ¿Me estaba volviendo loca?

Miré a la mujer para asegurarme de que ella podía ver lo mismo que yo y, sin darme tiempo a preguntarla, se desvaneció emitiendo un gran destello de fuego que luego se convirtió en polvo de ceniza. No llegué a entender si lo que me había dicho era real o si se estaba burlando de mí, pero no me importaba. Sin pensarlo, me levanté y volví a salir corriendo en la dirección opuesta a la que había venido. Si no podía huir de mi propia pesadilla, al menos tenía que intentarlo.

No podía dejar que el pájaro me alcanzase, así que no dejé de correr hasta que me encontré frente a un edificio tan alto que no parecía tener final. Algo me decía que allí encontraría respuestas a lo que me estaba ocurriendo. Entré sin detenerme, sin importarme quien estuviera dentro. Sabía que no eran reales, todos eran producto de mi imaginación y tenía que escapar de ellos porque si les dejaba que me cogiesen quizá me perdería en mi propia locura.

Subí sin dificultades hasta la última planta, temiendo que aquel pájaro fuera más rápido que yo. Al llegar a la azotea pude ver toda la ciudad al completo. Era más grande de lo que me esperaba y muy diferente a lo que yo conocía. Entre los edificios había unos raíles por los que pasaban a gran velocidad grandes cajas cerradas. También me di cuenta de que había muchos insectos revoloteando de un lado para otro, persiguiéndose

unos a otros como si fuesen niños jugando.

Por suerte, no había nadie allí arriba, pero aún seguía sintiéndome observada. Notaba como si alguien, desde algún lugar, estuviera contemplando todo lo que hacía y aquello me aterrorizaba.

Tenía que encontrar la manera desaparecer, de volver a mi hogar junto con mi familia. No podía quedarme encerrada en aquel lugar. Entonces se me ocurrió que, al tratarse de una pesadilla creada por mi mente, yo era la única ancla entre la imaginación y la realidad, lo cual quería decir que, si acababa con mi vida, mi mente se apagaría por un instante y la realidad volvería para rescatarme.

Me acerqué rápidamente hasta uno de los extremos y miré hacia abajo. Estaba muy alto, pero supuse que mi plan funcionaría. Me subí al muro y me quedé mirando el cielo antes de saltar.

—*No lo hagas* —dijo una voz dentro de mi cabeza. Me giré bruscamente y vi que aquel pájaro volvía a estar junto a mí.

—Tengo que salir de aquí, es la única manera —contesté decidida, aunque en el fondo me moría de miedo.

—*No puedes* —añadió. Sonaba desesperado. Le miré extrañada y algo incrédula.

—Tengo que volver.

—*Nadie puede salir de aquí* —respondió.

—¡Claro que puedo! —exclamé, soltando una carcajada—. Todo está en mi mente.

—*Te equivocas.*

—Ya lo verás —contesté, dando por acabada la conversación. Sin apartar la vista de él di un paso hacia atrás, sabía que si miraba hacia abajo tal vez no sería capaz de lanzarme al vacío pues, a pesar de que aquello fuese mentira, parecía muy real; al fin y al cabo, iba a suicidarme, aunque fuera solo un sueño.

Pensé que no tardaría en despertar, así que cerré los ojos y me imaginé de nuevo con mi familia, cenando todos juntos como si nada hubiera pasado. Lo único que sentía era como el aire hacia mover mi ropa de manera enérgica. De repente, un sólido obstáculo se interpuso en mi camino, haciendo que todo mi cuerpo fuese sacudido con fuerza: me había dado de bruces contra el suelo. Abrí los ojos para ver si todo había desaparecido, si por fin había despertado, pero seguía estando en aquella

pesadilla que parecía no acabar. Me dolía cada hueso, cada músculo y no era capaz de moverme, ni siquiera de hablar. Si aquello no era un mal sueño, ¿cómo era posible que siguiese viva?

—*Te lo he dicho, nadie escapa de su destino* —añadió el pájaro con tono melancólico.

Me había negado a hacerle caso y simplemente había conseguido destrozar lo único que podía sacarme de ese estado de delirio en el que me encontraba. Si quería escapar de mi propia pesadilla, tenía que buscar otra manera de hacerlo.

2. UN NUEVO COMIENZO.

El olor a madera quemada y el crujido de una puerta me despertó. Abrí los ojos y me quedé mirando al techo. Este estaba decorado con un papel dorado que transmitía calidez y en el centro había una lámpara con decenas de bombillas centelleantes con la forma de lo que parecía una constelación. No entendía mucho de aquello por lo que decidí obviar ese detalle y centrarme en averiguar dónde me encontraba, ya que ese no era mi cuarto. Al intentar levantarme, sentí una leve molestia en el costado, pero pensé que sería debido a la clase de yoga a la que mi amiga Taissa me había obligado a acudir el día anterior. La habitación estaba completamente vacía y, de no ser por un libro que había en la mesita de noche y varias prendas de ropa en la silla del escritorio, habría dicho que allí no vivía nadie.

Mi yo curioso no pudo quedarse quieto, así que me levanté para inspeccionar la habitación, tratando encontrar algo que me resultase familiar y me ayudase a saber en qué lugar me encontraba, pero la incertidumbre solo hizo que me pusiera nerviosa y me empezara a faltar el aire. Busqué una ventana con el fin de respirar aire fresco, pero no había. Inmediatamente mis ojos se desviaron hacia la puerta y pensé que tras ella estaría la solución.

Me costó un poco abrirla porque parecía que estaba atascada, pero cuando por fin pude salir me encontré en un pasillo completamente blanco e iluminado. Caminé hasta encontrarme con un cartel con las letras talladas en el que ponía bien grande la palabra “comedor”. Al leer aquello, el estómago me rugió con fuerza e inconscientemente mis piernas se movieron en la dirección marcada. El largo camino me llevó a una enorme sala llena de mesas con gente comiendo y bebiendo.

Parecía un lugar normal, a pesar de no saber todavía dónde estaba.

Sin embargo, fue al ver la comida de sus platos cuando me empecé a extrañar. Tenían una especie de carne, y digo especie porque, aunque el olor era igual, esta era de color azul claro y la acompañaban una especie

de rectángulos rosas. Además, la mayoría estaba bebiendo un líquido de color morado que se asemejaba al zumo de uva.

No dejaba de pensar en que tal vez la pesadilla no había acabado y que seguía metida en ella sin escapatoria alguna, pero luego se me ocurrió que tal vez mis amigos estuvieran tratando de asustarme y ese lugar sólo fuera un añadido más a su ya pesada broma. No comprendía con qué fin podían estar haciéndolo, pero decidí seguir con su juego para ver hasta dónde eran capaces de llegar.

Me acerqué tímidamente a una bandeja en la que servían esa carne y me eché una considerable cantidad en el plato. Aunque sentía cierto rechazo ante esa comida debido a su color, algo en mi interior me obligaba a ingerir aquello de inmediato. Sin poder esperar a sentarme, cogí un trozo tras otro hasta que ya no quedó nada en mi plato.

—Parece que tienes hambre —dijo una voz masculina resaltando lo obvio. En ese instante me di cuenta de lo que estaba haciendo y, avergonzada, dejé el plato sobre una mesa, ¿qué me había pasado? —. Tranquila, hay suficiente para todos —añadió soltando una carcajada y se sirvió un gran plato.

Me giré para ver quién era, con cierto temor a que se tratase de nuevo de uno de los pájaros parlanchines, y me encontré con un chico que parecía ser muy real, lo cual me hizo pensar que tal vez no estaba loca del todo. Su pelo era largo y castaño; le llegaba hasta el mentón y lo tenía hacia un lado, dejando ver un mechón completamente blanco. Sus ojos eran de un común color miel, sin embargo, en el derecho tenía ligeras motas azuladas.

—¿Dónde estoy? —quise saber, obviando su mofa, pensando que en él podría encontrar las respuestas que necesitaba.

—Es el comedor, aquí venimos todos cuando tenemos hambre —respondió intentando hacerse el gracioso, pero lo cierto era que al tratar de burlarse de mí lo único que había conseguido era enfurecerme y ponerme aún más nerviosa.

—Discúlpale, es un poco idiota con los nuevos —repuso una chica a nuestro lado en tono autoritario dándole un codazo en el costado. Ella tenía rasgos asiáticos, aunque aquello no se notaba en su tono de voz—. Ven con nosotros —añadió mientras me cogía con delicadeza por el brazo.

La seguí hasta una mesa, donde había más gente sentada. Me quedé mirándolos y ellos hicieron lo mismo. No los conocía, pero ellos parecía que si me conocían a mí porque su expresión cambió al de… ¿admiración?

Y algunos hasta retiraron la vista, agachando la cabeza.

—¿Qué es esto, una especie de internado? —pregunté al ver que todos llevaban la misma ropa blanca con motivos plateados. El grupo se empezó a reír, pensando que trataba de bromear con ellos, pero la mujer que estaba a mi lado les hizo callar—. ¿Dónde estamos? —volví a hablar en voz más baja una vez nos hubimos sentado. Ella miró al otro chico con cara de preocupación y luego me volvió a mirar con el ceño fruncido.

—¿De verdad no sabes dónde estás? —contestó.

—¿Un loquero? —respondí dudosa.

Se me ocurrió pensar que mi familia me había metido en un centro psiquiátrico tras contarles el sueño tan raro que había tenido y que no me acordaba de haber llegado hasta allí porque me habían sedado. Tal vez por eso las personas tenían aspectos tan raros y la comida era así por algún tipo de medicamento que me habían dado.

—Será mejor que comas algo más —dijo la mujer, ofreciéndome un plato con carne azul. Al verlo, se me volvió a abrir el estómago y esa fuerza interior que me había obligado antes a engullir hizo lo mismo otra vez.

Mientras comía, vi como la mujer decía algo al chico y luego se marchaba, dejándonos solos. En ese momento, volvió a aparecer el pequeño pájaro color rojo que me había estado persiguiendo y recordé que la última vez que le había visto había sido al tirarme desde aquella azotea tratando de despertar de la pesadilla. Todos esos recuerdos volvieron: el lago ensangrentado, la gente observándome, aquella misteriosa mujer y mi intento de suicidio.

Me atemorizada pensar que podía estar para siempre encerrada en aquel lugar, pero más temía que ese animal me alcanzará, no por su aspecto, ya que parecía adorable, sino por lo que podía hacerme al tocarme.

—¡Déjame en paz! —grité al animal y todos se giraron para mirarme. ¿Acaso no le veían?

Me levanté rápidamente y salí de la sala, perdiéndome por el pasillo por el que había llegado. Al pasar corriendo, los que estaban en la sala pensaron que algo malo ocurría y, escandalizados, empezaron a gritar. Gracias al alboroto que se creó, el pájaro me perdió de vista.

No sabía cómo se salía de ese lugar, así que me metí en la primera habitación que vi y aparecí en un nuevo pasillo, esta vez menos iluminado. Tras dar unos pasos, la puerta se abrió de nuevo y salí

corriendo para escapar, pero esta vez no tardaron en alcanzarme.

—¡Suéltame! —grité, tratando de deshacerme de su fuerte agarre.

—No te voy a hacer daño —explicó y reconocí la voz de aquel chico, pero no podía fiarme de él.

De repente, me vi sumida en un intenso frío que me recorrió de pies a cabeza, helándome hasta los huesos, como si me hubiesen metido en un congelador a cincuenta grados bajo cero. No pude moverme y, cuando me quise dar cuenta, estábamos en una habitación, la misma en la que me había despertado, y no estábamos solos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó la asiática con la que habíamos estado antes.

—¡¿Quiénes sois?! ¡¿Qué queréis de mí?! —añadí, asustada por lo que acababa de pasar, alejándome de ellos.

—Ya la ves —contestó resoplando—, me va a estallar un tímpano.

—Tienes que ser un poco más comprensivo —respondió ella en tono suave para que me intentara tranquilizar.

—¿Comprensivo? ¡Si parece una gallina loca!

Al escucharle decir aquello, la furia que había estado conteniendo se liberó. Cogí uno de los libros que estaba en la mesita de noche y se lo lancé con fuerza. Aproveché ese momento para salir de la habitación, pero al abrir la puerta un hombre y una mujer con espadas en la mano me impidieron dar un paso más. Al verlas tan cerca de mí, el pulso se me aceleró del miedo y pensé que me iban a matar.

—¡Basta ya! —exclamó la mujer y ellos bajaron las armas al instante—. Es hora de que resolvamos algunas cuestiones, señorita.

Me dijo eso en un tono tan familiar que me hizo recordar a mi madre cuando me regañaba por algo. Sin oponer resistencia, más por temor que por gusto, me di la vuelta y volví a entrar en la habitación para enfrentarlos.

—¿Qué queréis de mí? —murmuré, tragando saliva.

—Sólo queremos ayudarte —respondió sonriendo—. Mi nombre es Shiori —añadió, acercando su mano para saludarme—, pero puedes llamarme Shiri.

Al oír aquel nombre, inconscientemente me empecé a reír. Ella me miró extrañada y comprendí que no era una broma.

—Lo siento —contesté mordiéndome el labio por dentro para aguantar las ganas de reír—, es que te llamas igual que el asistente de mi móvil.

—¿Móvil? —preguntó con el ceño fruncido de nuevo—. ¿Qué es? —Miré al otro chico, en un intento de comprender si ella también estaba bromeando, para no seguir metiendo la pata.

—Es un intercomunicador, madre —aclaró él y ella asintió pensativa—. Yo soy Willem —dijo con desgana, mientras se sentaba en la silla del escritorio.

—¿Por qué la has llamado así? —añadí sorprendida por cómo se había referido a ella.

De no ser porque sus rasgos faciales eran distintos, podría haber pensado que eran hermanos ya que tenían el mismo tono oscuro de pelo y los dos hacían la misma mueca cuando algo no les agradaba.

—Es mi madre —contestó tranquilamente. Me quedé mirándole y luego la miré a ella. No podía ser. Parecía que tenían la misma edad e incluso él parecía más mayor que ella.

—Esto es algo a lo que te acostumbrarás con el tiempo Lyla —resopló la mujer, que parecía estar acostumbrada a ese tipo de reacciones.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté asustada.

—Todos sabemos tu nombre —respondió esta vez Willem—. Para algunos eres una especie de heroína.

Y al decir eso puso los ojos en blanco y se recostó en el respaldo de la silla. Sin hacerle caso, miré a su madre.

—¿Heroína yo? —solté una carcajada, incrédula.

—La única alma oscura que ha logrado ascender —explicó haciendo de su boca una fina línea.

¿Alma oscura? ¿De qué estaba hablando? ¿Acaso trataba de burlarse de mí por lo de antes? Si era así, no tenía gracia.

De repente, y sin dejarme decir nada más, un fuerte estruendo nos interrumpió.

3. MUERTA.

Gruñidos de varias personas seguidos de golpes hicieron que mis dos acompañantes se pusieran en alerta frente a la puerta esperando a que esta se abriera para enfrentarse a lo que estuviera por venir. Entonces se hizo el silencio, lo cual resultó más inquietante todavía, ya que no sabíamos lo que estaba pasando ahí fuera. El pomo se giró lentamente y la madera empezó a crujir hasta que la puerta finalmente se abrió, dejando ver a un hombre vestido de verde oscuro con un emblema color bronce en el centro.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —espetó, mirándonos a los tres, pero deteniéndose en mí unos segundos más.

Entonces vi como Shiri y Willem agachaban sus cabezas en un gesto respetuoso y llevaban sus manos a la espalda. Yo hice lo mismo para no levantar sospechas.

—Señor, estábamos a punto de ir a la asamblea —contestó la mujer en un timbre de voz tan monótono que me hizo pensar por un momento que era una máquina la que hablaba por ella.

—Espero mucho de usted, Shiori, no me defraude —añadió el hombre y, al acabar de decir eso, se marchó, dando fuertes golpes con el tacón de su bota para hacerse notar.

Antes de marcharse inspeccionó toda la habitación como si buscara algo. En cuanto desapareció, noté como mis músculos liberaban una tensión que había estado acumulando y me dejé caer en la cama.

—Tienes que llevártela —susurró ella con agitación, refiriéndose a mí.

¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Ya le has oído, madre! —respondió él alzando los brazos— No debemos levantar sospechas.

—¡Haz lo que te ordeno! —alegó—. Yo me encargaré del resto.

Y antes de que él pudiera decir nada más, Shiri se marchó, cerrando la puerta tras ella, dejándonos a solas. Al girarse, su mirada de odio se cruzó con la mía y sentí un pequeño calambre cruzar mi espalda a gran velocidad.

—Vamos —gruñó, ofreciéndome la mano para que se la cogiera.

—No pienso ir contigo a ningún lado —negué con la cabeza y eso pareció

enfadarle aún más.

—¿Acaso te estoy dando opción? —contestó con alzando las cejas.

En un movimiento rápido, me cogió de mano tirándome hacia él, lo que hizo que nuestros cuerpos se chocaran. Con esa misma mano, me rodeó la cintura, pegándome aún más contra su pecho. Su respiración era rápida e irregular y comprendí que estaba nervioso, ¿o tal vez era yo?

‹‹Menuda idiotez››, pensé.

Entonces sacó algo de su bolsillo, algo plateado y brillante, que me saco de mis pensamientos, envolviéndome en un gélido aire que me congeló hasta el aliento.

—¡No vuelvas a hacer eso! —exclamé, empujándole para apartarle de mí.

Al hacerlo, me di cuenta de que ya no estábamos en la habitación de antes, sino en un lugar totalmente diferente. Era un túnel bastante angosto hecho de piedra. Parecía ser antiguo en comparación con la habitación de estilo similar al barroco en la que habíamos estado hacía unos segundos.

Él se rio al ver mi reacción y luego caminó por el túnel hasta llegar a una pared con las piedras algo más oscuras. Sobre una de ellas colocó el objeto circular plateado que antes había sacado para llevarnos hasta ese lugar y esta inmediatamente se retiró, haciendo aparecer un pomo dorado con forma de ave. Al girarlo, el resto de piedras se movieron, dándonos paso al interior de otra sala.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunté asombrada.

—Magia —respondió y vi cómo sus labios se curvaban formando una pequeña sonrisa al saber que no creería lo que acababa de decir, y estaba en lo cierto. En vez de entrar, quise ver si en las piedras había algún mecanismo para accionar su movimiento, pero, frustrada al no encontrar nada, entré con él.

—Vaya, es precioso —añadí totalmente embelesada por lo que estaba viendo en aquel momento.

Las paredes estaban decoradas con centenares de libros, colocados ordenadamente en estanterías inmensas. La madera de estas estaba un poco desgastada, lo cual daba un estilo rústico a la estancia. En el techo había una gran lámpara de araña, no con bombillas sino con velas y en el centro de la sala había varias mesas con sillas decoradas con terciopelo rojo. No me di cuenta de que me estaba moviendo hasta que me encontré acariciando las cubiertas de los libros, perfectamente alineados. Por un

momento me sentí como en casa, hasta que Willem habló de nuevo.

—¿Has acabado de babear? —preguntó con tono socarrón.

—¿Qué hacemos en una biblioteca? —contesté, sin hacerle caso. Entonces un hombre mayor con pelo canoso y la barba recogida en varias trenzas se acercó a nosotros.

—Señor Willem, es un placer verle de nuevo por aquí —dijo con voz ronca y una gran sonrisa pegada en la cara. Se quedó un rato mirándole y luego me miró a mí, pero no dijo nada.

—Necesitamos ver el libro —añadió rápidamente mi acompañante.

El señor amablemente nos acompañó hasta el centro de la sala, en la cual había una mesa redonda, y nos hizo sentarnos. Luego se perdió por un pasillo. Me quedé observando por dónde se había marchado, pero no le podía ver. Era consciente de que aquella biblioteca escondía algo misterioso, lo notaba por el cuidado que tenían con todas las cosas, ya que no podías coger ningún libro si no tenías permiso. Me quedé mirando a Willem, que estaba recostado en la silla de terciopelo, mientras lanzaba cada vez más alto la pequeña esfera que había utilizado antes, como si de un juguete se tratara, atrapándola en el aire sin fallar ni una sola vez.

Unos minutos después, el señor apareció con un libro bastante grande y pesado. Hice el amago de levantarme para ayudarle, pero aquel hombre parecía más fuerte de lo que pensaba y nos lo trajo a la mesa sin ningún esfuerzo.

—Avísenme cuando hayan acabado —dijo y Willem asintió a modo de respuesta. Acto seguido se marchó.

—¿Qué hemos venido a buscar?

—Algo que nos diga quién eres —contestó concentrado en las gruesas páginas de aquel libro.

—Yo sé perfectamente quién soy —respondí, pensando que aquello era absurdo.

—No —añadió tajante—. Quién eres realmente.

¿A qué se refería con eso? ¿Acaso pensaba que era una farsante? ¿Y por qué le daban permiso a él para ver mis informes? Cada vez tenía más dudas sobre si de verdad estaba en un centro psiquiátrico. Aquello no parecía ser un lugar donde curaban a la gente de su locura; y la gente que había no parecía estar loca de verdad. No obstante, eso no le daba

derecho a un desconocido a investigar sobre mi vida.

Vi cómo pasaba una hoja tras otra con decisión, como si supiera exactamente donde se encontraba lo que andamos buscando, sin embargo, no paraba en ninguna. Todas las hojas parecían estar llenas de nombres y fechas y parecían ir en orden cronológico.

—No necesito saber eso —alegué, cerrando el libro de golpe. Él me miró sorprendido—. Lo que necesito es salir de aquí, volver a casa.

Su expresión era seria, pero cambió completamente en menos de un segundo al escucharme decir eso.

—¿A casa? —rio.

—Eso he dicho —repliqué, cruzándome de brazos.

—Pelirroja, tú ya no tienes casa.

—¡No me llames así! —gruñí y le volví a mirar, esta vez con más rabia—. ¿De qué estás hablando?

—El día en que moriste dejaste de tener un hogar —contestó, esta vez en tono más amistoso.

—¿Morir? —pregunté escéptica, pero su credibilidad quedó por los suelos cuando volvió a sonreír.

De repente, me retiró la mano del libro con suavidad y lo volvió a abrir, pasando las páginas con rapidez hasta pararse en una. Esta no tenía demasiadas letras y, aunque estaba del revés, pude ver algún número.

—Aquí está —volvió a hablar, dándole la vuelta para señalarme una frase.

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo.

—Lyla Reilly, nacimiento el 28 de septiembre de 1989 y muerte el 28 de septiembre de 2017 —leí en voz alta un par de veces—. Es una broma, ¿no?

No sabía si reír o echar a correr. Aquello estaba realmente plagado de lunáticos.

—Puede que te resulte difícil de entender —añadió—, pero esto no miente.

—Quiero irme de aquí —contesté mirando a todos lados, buscando con la

mirada la salida.

—Está bien, te enseñaré un lugar que puede que te guste —asintió, levantándose.

—No —dije en un tono más alto—, sola.

No podía permanecer más tiempo junto a él, temiendo que su locura le llevase a atacarme. Me aparté de él echando la silla hacia atrás y rodeé la mesa lentamente, caminando en dirección a la puerta por la que antes habíamos entrado.

Hasta ese momento, pensaba que era valiente. De hecho, había soñado con el momento en el que me pudiera enfrentar a alguien porque estaba segura de que era capaz de vencer a cualquiera, pero ahora me daba cuenta de que era débil, una cobarde que no dudaba en huir del peligro cuando lo tenía frente a sus ojos; para ser sinceros, ¿quién en mi lugar no habría huido al escuchar a ese perturbado decirte que estabas muerta? ¿qué clase de medicinas daban a los enfermos en ese sitio? Al menos tenía algo claro, no eran para nada efectivas.

Di varias vueltas a la mesa, tratando de que no me alcanzara, pero, teniendo en cuenta que yo no estaba en muy buena forma física y que él parecía mucho más ágil que yo, no le resultó difícil alcanzarme; rodeándome por la espalda con sus brazos.

—Suéltame —rogué en un hilo de voz. Era evidente que estaba aterrada.

—No es a mí a quien debes temer —susurró en mi oído, lo cual hizo que varios pelos del cabello se movieran y me produjera un cosquilleo en el cuello.

—Haz el favor de quitar tus asquerosas manos de mí —refunfuñe, tratando de sacar fuerza de donde no la tenía.

Él me soltó e interpreté aquello como un triunfo, pero al girarme vi que estaba sonriendo y en ese momento decidí que odiaba aquella atractiva y a la vez desquiciante sonrisa.

Sabía que no iba a ser capaz de marcharme, ya que me volvería a capturar como había hecho antes y no iba a permitir que me tocase de nuevo, así que decidí interrogarle para ver qué podía averiguar del sitio en el que me encontraba.

—¿Cuándo llegaste aquí? —pregunté, bajo su atenta mirada.

—Hace… —hizo una pausa y empezó a contar con los dedos— un poco

menos de cien años.

—Querrás decir diez, ¿no? —le corregí, pensando que se había equivocado al añadir un cero. Era físicamente imposible que llevase tanto tiempo allí.

—Sé perfectamente lo que he dicho —contestó asintiendo. Mis ojos se abrieron considerablemente, alucinando. Aquello parecía estar divirtiéndole porque no dejaba de sonreír.

—¿Qué edad tienes? —hablé de nuevo, temiendo que volviese a burlarse de mí.

—Veinticinco —respondió. Eso ya parecía más creíble—, aunque técnicamente tendría ciento quince, o dieciséis, ya he perdido la cuenta.

¿En serio pretendía que le creyera?

—Oye, deberías hablar con tu doctor, creo que las pastillas que te dan no son eficaces —añadí sorprendida al ver que estaba más loco de lo que pensaba.

Parecía tan seguro de sus palabras que hasta yo misma me estaba empezando a creer lo que decía. Él volvió a reírse, pero no dijo nada más. Empezó a balancear la silla hacia adelante y hacia atrás hasta que una de las veces se cayó de espaldas. No pude ocultar mis ganas de reír y él me miró con cara de enfado desde el suelo.

‹‹Te lo mereces››, pensé, aunque preferí no decírselo.

Se volvió a acomodar en la silla, esta vez sin balancearse, al parecer había aprendido la lección. Me quedé por un momento mirando la alfombra de terciopelo, que iba a juego con las sillas, pensando en las cosas que me había dicho, ¿y si de verdad estaba muerta como decía?

4. PÁGINA EN BLANCO.

El señor mayor se acercó hacia nosotros, con la misma sonrisa que antes. Empezaba a pensar que tenía algún tipo de problema o parálisis en la cara, porque esta no cambiaba ni aunque hablara.

—¿Ha acabado ya? —canturreó el hombre acercándose lentamente a Willem. Este asintió y entregó el libro—. ¿Desea ver hoy algún libro de los sueños?

—¿Libro de los sueños? —pregunté curiosa.

—Gracias Slother, hoy no me apetece —respondió Willem con tono

cansado y luego se estiró hacia atrás.

El hombre cogió el libro con cuidado y se volvió a marchar, no sin antes mirarme con esa sonrisa que empezaba a ser tétrica.

—Explícame qué es eso —insistí, refiriéndome al libro del que habían hablado.

—¿Sabes? La curiosidad mató al gato —contestó, apoyando un brazo en la mesa para inclinarse hacia mí. Yo hice lo mismo y empezó lo que parecía un duelo de miradas, el único problema era que él parecía estar ganando.

—Ya estoy muerta, ¿no? —sonreí con suficiencia, siguiéndole la corriente.

—Vale, tú lo has querido —añadió, encogiéndose de hombros.

Acto seguido se levantó de su asiento y me arrastró con él cogiéndome de la mano. Comparado con antes, su piel ahora era cálida y asombrosamente agradable. Decidí permanecer así durante un rato, hasta que se paró en una estantería y acercó una escalera.

—¿Vamos a subir? —quise saber, mirando hacia arriba tratando de ver si tenía fin.

—Yo no —explicó—, es toda tuya.

—Pero… —empecé. No sabía cómo decirle que no me fiaba de la estabilidad de aquella escalera y mucho menos de que fuese a sujetarla con la suficiente fuerza para que no me cayera.

—Solo tienes que alcanzar el noveno estante —aclaró, lo cual no me pareció tan lejos—, allí encontrarás lo que buscas.

—¿Qué es exactamente lo que debería buscar? —pregunté confusa.

—Lo sabrás en cuanto lo veas.

No me fiaba ni un pelo de él, así que al dar el primer paso me aseguré de que la escalera estaba bien sujeta y luego subí otro, despacio.

—No tenemos todo el día —insistió, metiéndome prisa y yo le respondí dándole una patada, lo cual fue efectivo ya que conseguí que se callara.

Cuando llegué al noveno estante me quedé mirando los libros que tenía a mi alcance, intentando distinguir lo que ponía en el lomo. Todos estaban ordenados alfabéticamente y en el estante en el que estaba mirando estaban los de la RE. Algunos eran lugares, aunque la mayoría parecían ser apellidos. Entonces le vi, ahí estaba, en el mismo color granate que el

resto, pero con un pequeño detalle en dorado. Mi nombre al completo estaba estampado en aquella tela que cubría la dura tapa del libro. Lo cogí con delicadeza y me quedé mirándole por un instante. Luego bajé con cuidado de poner bien el pie en el peldaño y caminé, con el libro en la mano, hasta una mesa.

—Lyla Brighid Reilly —escuché a Willem susurrar en mi oído. Estaba justamente detrás, observando como yo la portada, en la cual también se encontraba mi nombre en letras más grandes.

No sabía qué hacer, si lo abría me arriesgaba a encontrar algo que podría no gustarme; pero si no lo hacía, siempre me preguntaría qué podría haber en un libro escrito sobre mí.

—¿Es que no lo vas a abrir? —preguntó, de nuevo interrumpiendo mis pensamientos.

¿No se iba a callar nunca?

—¿Quién ha escrito esto? —quise saber.

—Nadie lo sabe —contestó, sentándose en la silla que había en frente—. Puede que los Dioses, puede que Slother —y cuando dijo su nombre soltó una pequeña risa.

Él me miraba expectante, deseando que lo abriera, y eso aumentaba más mi intriga por conocer qué era lo que escondía en su interior. Sin embargo, yo tenía por costumbre empezar los libros siempre por el final. No me gustaban las sorpresas, por eso necesitaba saber cómo acababa y, aunque mi amiga Taissa pensaba que eso rompía toda la magia del libro, yo creía que le daba un aire más misterioso. Al abrirlo, descubrí que estaba todo en blanco. Pensé que tal vez si pasaba unas cuantas páginas, encontraría algo escrito, pero cuantas más pasaba, más me acercaba al principio y las páginas seguían estando vacías, como si estuvieran esperando a que alguien escribiera sobre ellas.

—¿Me das un libro en blanco? —le recriminé, mostrándole lo mismo que yo me había encontrado.

Su cara fue la pura representación de la confusión y en ese momento comprendí que algo iba mal. Entonces el portón de piedra se abrió y tras ella apareció Shiri con una mujer y un hombre a cada lado. Los dos se movían al mismo ritmo que ella y sus expresiones eran serias.

—¿Ha ido todo bien? —inquirió Willem mirándolos con el ceño fruncido.

—Sí —respondió ella, que parecía llevar la voz cantante—, pero será mejor

que vayamos a un lugar seguro.

Sus acompañantes empezaron a inspeccionar el lugar, como si estuvieran buscando a alguien o algo en particular y luego fijaron sus miradas en mí, lo que me dio un escalofrío. La mujer tenía el pelo recogido en una trenza de color castaño que llegaba hasta la cintura; mientras que el hombre no tenía ni un solo pelo en la cabeza. Sus ropas eran un poco más oscuras y en su brazo tenían un brazalete con un águila de color plateado y las alas totalmente extendidas sobre un fondo de color púrpura.

Los tres se dieron la vuelta, dirigiéndose a la salida y Willem y yo les seguimos por detrás. No tenía ni idea a dónde nos llevaban y lo cierto era que tampoco me fiaba mucho de ellos. Su expresión, para nada amigable, no me transmitía confianza, pero ¿podía negarme a acompañarlos? Temía que al hacerlo tratasen de llevarme a la fuerza y eso, estaba segura, no me iba a gustar en absoluto.

Al salir, las dos mujeres empezaron a hablar más adelante y luego se pararon en seco, girándose para mirarnos. Shiri asintió al otro hombre y este hizo ademán de cogerme del brazo. Antes de que pudiera hacerlo, Willem se interpuso en su camino, colocándose justo en frente de mí.

—Yo la llevaré —dijo con seriedad y el hombre se apartó sin decir nada.

Pude ver como los otros tres sacaban unas esferas brillantes, similares a la que Willem tenía, pero de diferente color, y supuse que tomaríamos ese modo de transporte tan extraño. Sin dejarme reaccionar, pasó su mano por mi cintura, acercándome más a él y, en un rápido movimiento, nos envolvimos en el hielo. Aparecimos en otra sala, pero esta era todavía más oscura y más escalofriante.

Durante aquel viaje de apenas unos segundos, la mano de Willem había bajado hasta el final de mi espalda sin ni siquiera haberme dado cuenta. Seguíamos juntos, aunque la distancia era suficiente para poder alzar la cabeza y mirarle sin hacerme daño en el cuello.

—Quita… —refunfuñé entre dientes— la… mano…

No quería perder los nervios, por lo que traté de sonar lo más calmada posible mostrando a la vez una gran furia. Él esbozó una sonrisa pícara y me acercó más a él. Al hacerlo, pude captar una mezcla entre aroma amaderado, que me hacía recordar los bosques irlandeses por los que de pequeña iba con mi padre de excursión; y a… ¿canela?

—¿Nerviosa? —preguntó con desdén.

Al sentir sus palabras flotar sobre mi cabeza, sentí que mi ira crecía descontroladamente y, con toda la fuerza que pude sacar en ese

momento, le di un pisotón en el pie que hizo que me soltara de inmediato, apartándose de mí.

—A ver si aprendes y dejas de hacer el tonto —escuché decir a Shiri y Willem soltó un gruñido.

A mi lado, la otra mujer también se estaba riendo al ver lo que había ocurrido y me giré hacia ella para darme cuenta de que ya no tenía el mismo gesto tenso de antes, sino que ahora parecía una persona normal y corriente.

—Soy Brianne —se presentó, sonriendo con amabilidad.

—Karan —añadió el hombre asintiendo a modo de saludo.

Les seguí hasta un sofá color gris desgastado que hacía juego con las paredes de metal. Karan presionó un botón y unas luces se encendieron, haciendo parecer la estancia mucho más grande. Todos se sentaron, pero yo preferí quedarme de pie a una distancia prudente.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó Shiri cruzándose de piernas. De todos los que estábamos en la habitación, ella parecía la más pequeña físicamente y me preguntaba si ella también tendría esas ideas locas que su supuesto hijo tenía.

—Su libro está en blanco —respondió Willem a la vez que se recostaba en una de las esquinas del sofá.

—¿Qué se supone que debíamos encontrar allí? —quise saber. Todos me miraron y luego se miraron entre ellos.

—Tu vida —aclaró Brianne, ya que nadie parecía estar dispuesto a contestar a mi pregunta. Yo la miré confusa y ella continuó hablando—. En esos libros se encuentran todas tus experiencias, pensamientos y deseos a lo largo de tu vida y… cuando mueres, quedan almacenados para siempre en las páginas.

Solté una carcajada cargada de nerviosismo. ¿Por qué todos se empeñaban en insistir en que estaba muerta?

—Estáis como cabras —refunfuñe incrédula—. Será mejor que me vaya de aquí —añadí dándome la vuelta para buscar la salida harta de tener que tratar con una panda de locos.

No había salida. Tampoco vi ni una sola ventana. Aquello parecía un bunker.

—¡Tienes que escucharnos! —exclamó Shiri, que se había levantado de su asiento.

—¿Escuchar qué? ¿Las estupideces que decís? —grité, volviéndome hacia ellos—. ¿Os habéis escuchado de verdad?

—Estamos haciendo esto por tu bien —añadió Brianne, poniéndose a la altura de su compañera.

—Lo único que quiero es volver a mi casa, ¿es tan difícil de entender? —repuse y mi pulso se empezó a acelerar de lo nerviosa que estaba.

Ellos no dijeron nada.

—Ahora me diréis que ya no tengo casa, que estoy muerta, bla, bla, bla —volví a hablar, repitiendo las palabras que Willem me había dicho en la biblioteca—. ¿Y pretendéis me fie de vosotros si sois los primeros que me ocultáis la verdad y me traéis a sitios… —hice una pausa alzando las manos para referirme al siniestro lugar en el que nos encontrábamos y continué— tan acogedores y hacéis esa cosa tan rara con las esferas?

—*Bory* —me corrigió Willem sin venir a cuento, lo cual hizo que me enfadara más.

—¡¿Qué más da?! —dije en un hilo de voz. La sangre se me había subido a la cabeza y la vista se me estaba empezando a nublar, haciendo que todo a mi alrededor se empezara a ver borroso. Aun así, continué—. Solo quiero volver a casa…

Comencé a sentir como el calor aumentaba y el suelo se deshacía bajo mis pies, haciéndome perder estabilidad. De repente me encontré sobre el frío mármol y todo se volvió oscuro.

5. SUEÑOS.

De repente me encontré en la casa de mis padres, sentada en la mesa del comedor ante una gran fuente con el postre que siempre preparaban por Navidad: pastel de arándanos. Era una de las épocas que menos me gustaban desde la muerte de mi madre, pero siempre tratábamos de reunirnos todos para que mi padre no se sintiera solo. Sin embargo, no había nadie conmigo.

Me levanté y caminé lentamente hasta la cocina, donde estaban mis hermanos tomando un líquido color ámbar en las copas que usábamos para ocasiones especiales. Además, mi hermana Jess estaba fumando.

—¡Suelta eso ahora mismo! —grité, acercándome a ella. Tan solo tenía quince años, ¡por Dios! Pero no me hizo caso. Me ignoró como si de una

mosca revoloteando se tratase.

Miré a mi hermano, atónita al ver que la dejaba hacer eso en casa, pero él también me ignoró. Estuve observándoles durante un rato y pude distinguir una expresión de tristeza en sus ojos, que estaban cada vez más brillantes.

Resignada, salí de la cocina y subí las escaleras en busca de mi padre. Allí estaba él, sentado en la cama, de espaldas a la puerta mirando la moqueta. ¿Qué había ahí tan interesante? Le saludé, pero no me contestó. Me acerqué a él y me senté a su lado, haciendo que nuestros brazos se tocasen. Al mirar hacia donde él lo hacía no vi nada, absolutamente nada, y me imaginé que estaría pensando en mamá.

—¿Estás bien, papá? —pregunté, pero él simplemente suspiró. Le pasé la mano por la espalda, para mitigar su pena y dio un pequeño salto en el sitio para luego levantarse rápidamente de la cama.

Le miré extrañada y me levanté con él. Estaba justo en frente, pero parecía no verme. Era como si mirase a través de mí, como si fuese transparente. Luego empezó a andar y salió de la habitación para encontrarse con sus otros hijos.

¿Qué estaba pasando?

Todo era tan extraño y me sentía tan fuera de lugar que decidí salir a la calle. Allí fue cuando me encontré a Sean, mi novio. Corrí hacia él con la esperanza de que pudiera explicarme porqué todos se habían puesto de acuerdo para ignorarme, pero pasó de largo. Ni se percató de que yo estaba a su lado cuando entró junto a mi amiga Taissa.

—¡HOLA! —grité, pero nadie me escuchaba. Entré en casa y volví a la cocina, donde se habían reunido todos—. ¡Estoy aquí! —grité de nuevo.

Nada. Era como si hablase con una pared. Aquello me recordó al juego que solíamos hacer con mi hermana cuando era más pequeña para molestarla y pensé que todos se habían compinchado para hacerlo esta vez conmigo y hacer como si no estuviera allí.

—Han pasado tres meses y aun así… —explicó mi padre con los ojos ligeramente húmedos.

—Duele tanto como el primer día —añadió Jess, dando otra calada a su cigarrillo.

—¿Es que nadie se lo va a quitar? —repuse. Me acerqué a ella y la di un fuerte golpe en la mano para que lo soltara. Entonces el cigarrillo cayó al suelo y todos se quedaron mirándole como si no supieran qué había

ocurrido.

—A veces siento que Lyla sigue con nosotros, protegiéndonos —dijo Sean sonriendo al suelo.

—¿De qué hablas? ¡Claro que estoy aquí! ¿Es que estás ciego? —contesté, pasándole la mano por la cara.

Aquello ya me estaba empezando a asustar. Eran incapaces de reaccionar a nada de lo que les hacía o decía, así que decidí salir de la habitación y subir a la mía. Cuando entré, vi que mis cosas seguían estando en su sitio y sentí un gran alivio al ver que nada había cambiado allí. Sin embargo, en el lugar donde antes estaba mi tocador, con todos mis productos de maquillaje, ahora había fotografías. No recordaba haber dejado aquello de ese modo y me extrañó que mi padre o alguno de mis hermanos se hubiera tomado el atrevimiento de hacer aquello sin mi consentimiento.

Me senté en la cama, observando aquello, y entonces sentí como los párpados me empezaban a pesar tanto que no era capaz de mantener los ojos abiertos, hasta que finalmente me quedé dormida.

—Justo para la hora de comer —escuché una voz masculina.

Abrí primero un ojo y luego el otro y me encontré con la cara de Willem justo en frente. Me incorporé rápidamente y vi que estábamos otra vez en la habitación en la que me había despertado antes.

—¿Tienes hambre? —preguntó sentándose a mi lado. Al ver lo que hacía me aparté de él—. Oye tranquila, que no te voy a comer —respondió alzando las manos a modo de defensa—. Hoy hay patatas en el comedor.

—¿Qué ha pasado? —añadí, recordando lo que acababa de ocurrir. ¿Había soñado aquello?

—Ven conmigo y te lo explicaré —insistió, ofreciéndome su mano.

No lo pensé. Tal vez porque mi cabeza se encontraba en otro lugar muy lejos de esa habitación o porque estaba cansada de discutir, pero le cogí la mano y caminé con él hasta el comedor, donde estaban los mismos con los que antes había estado en el búnker.

Me encontraba débil y lo noté cuando me tuve que sentar en la silla, ya que me costó no perder el equilibrio. ¿Cómo había llegado hasta esa habitación? ¿Me habían drogado para que tratara de pedir ayuda? Tenía muchas dudas acerca de ese lugar y pensaba pedirles explicaciones en ese momento.

—¿Cómo te encuentras, cielo? —preguntó Shiri en un tono suave. Su voz me recordaba a la de mi profesora de ciencias de cuarto, agradable y formal.

—Cansada —contesté. A pesar de las circunstancias, cuando ella me hablaba, no me sentía amenazada.

—Ha debido ser duro verlos, ¿no? —añadió, curvando las cejas hacia arriba.

—¿A qué te refieres?

—A tu familia, es la primera vez que los ves desde… —y dejó la frase en el aire, aunque sabía perfectamente lo que iba a decir: desde que estaba muerta. ¿Por qué seguía insistiendo en eso? Y lo que es peor, ¿cómo sabía que había soñado con mi familia?

—Todos lo soñamos durante un tiempo —dijo Brianne, que estaba sentada en frente de mí—, al final simplemente desaparecen.

—¿Queréis decir que eran ellos de verdad? —respondí confusa y a la vez asustada.

Las dos asintieron. No sabía si creerlas o no, pero parecían muy seguras de lo que decían; y, si era cierto, entonces tampoco se equivocaban al decir que estaba muerta, pero… si de verdad estaba muerta, ¿qué hacía en ese lugar? ¿Era una especie de cielo?

No. Me negaba a aceptarlo.

—¿Patatas? —interrumpió Willem, que llevaba una fuente de comida en una mano y bebida en otra.

—No tengo hambre —confesé, aún aturdida, mirando el plato. Estas parecían más normales, ya que conservaban su color natural.

—¿No es lo que coméis en tu país? —preguntó, llevándose una a la boca.

—Ya estamos con los estereotipos —contesté, poniendo los ojos en blanco—. Aunque…

—Aunque tengo razón —acabó mi frase, con una sonrisa de satisfacción.

A pesar de no tener hambre, cogí una de las patatas y me la llevé a la boca. Lo cierto era que estaban bastante ricas.

—¿Y vosotros qué coméis en vuestro país? ¿Cazáis animales salvajes?

—añadí en tono burlón.

—Mi favorito es el oso, su carne está muy jugosa —respondió, pero al ver que trataba de contener una carcajada comprendí que estaba bromeando.

—Yo nací en Japón —explicó Shiri, intentando cambiar el rumbo de la conversación— y mi hijo en Noruega.

—Yo soy de Reino Unido, somos vecinas de país —añadió Brianne riendo, refiriéndose a mi procedencia irlandesa—. Espero que no nos sigáis guardando rencor.

Al igual que cualquier otro país, los nuestros tenían muchas historias de conflictos entre ellos y aun todavía conocía gente que repudiaba a los ingleses por sus actos del pasado. Sin embargo, a mi aquello me daba igual.

—Grecia —hablo Karan. Nunca habría adivinado de dónde venía pues, a pesar de su gran cuerpo, en mi cabeza tenía una imagen más idealizada de los griegos, como hombres de combate fuertes apuestos, tal y como las historias narran.

Luego bebió un trago del líquido morado que había traído Willem. Me quedé mirándolo durante un rato, tratando de averiguar de qué estaba hecho cuando Brianne me interrumpió.

—¿Quieres probarlo? —dijo, ofreciéndome el vaso de Willem.

—¡Oye! —se quejó este y lo cogí para ver qué era.

Al probarlo todos mis sentidos se avivaron. Tenía una mezcla de sabores muy poco común, al principio era amargo, luego dulce y al final te dejaba un ardor en la boca bastante agradable.

—¿Qué es? —pregunté asombrada.

—Zumo de Vila —respondió ella y le di otro sorbo—. Es una planta que se cultiva aquí.

Al escucharla recordé la primera vez que entré en ese comedor y vi el color tan peculiar que tenía la comida y se me ocurrió preguntar a qué se debía.

—Aquí todo es distinto —respondió Karan, que no había dejado de comer desde que había llegado. Era un hombre bastante corpulento, así que podía entender que necesitara recargar todas sus energías con más

cantidad de comida—. Son productos creados, nada es natural.

—Él trabaja en los centros de cultivo —añadió Shiri—. Allí se crea y da forma a todo lo que tenemos y luego se prepara para el consumo diario.

—¿Quieres decir que esto no son patatas de verdad? —cuestioné, señalándolas. Ella asintió—. Pero parecen iguales e incluso saben igual.

—De eso se encargan en el área de cultivo, de que mantenga el sabor original, aunque el color suele variar de vez en cuando.

De repente, fuertes golpes en el suelo hicieron que todos nos sobresaltáramos, algunos incluso levantándose de sus sitios. Todos dirigieron sus miradas hacia una de las entradas del comedor, la que estaba más alejada de donde nos encontrábamos. Allí, al fondo, había un hombre con traje verde oscuro que blandía una espada en la mano izquierda y en la otra llevaba lo que parecía un papel. Su rostro me resultaba conocido. Entonces dejó ver un escudo color bronce en el pecho y recordé que era el mismo hombre que había irrumpido en la habitación cuando trataba de huir.

Parecía que iba a hablar, pero entonces alzó su espada, apuntando a uno de los que estaban al frente y en ese momento pensé que iba a matarle delante de todos. Se me escapó un grito ahogado y cerré los ojos inconscientemente. Noté como una mano se colocaba sobre mi boca, haciendo presión y abrí los ojos para descubrir que era Willem quien lo había hecho.

—No llames la atención —susurró en mi oído sin soltarme, pero esta vez su tono era distinto, había miedo en su voz y comprendí que debía hacerle caso.

—¿Por qué hace eso? —contesté una vez me hubo liberado, en un tono tan bajo que pensé que tal vez no me habría escuchado.

—Es el Gobernador de Cator —añadió, sin dejar de mirarle—. El hombre más peligroso al que te podrías enfrentar.

Aquello me dejó bastante desconcertada.

—Varias almas oscuras han entrado en nuestro nivel —explicó el Gobernador, aun con la espada en alto, esta vez apuntando a otra persona—. Si alguno de vosotros sabe o ha visto algo, está en la obligación de comunicarlo ahora.

Hizo una pausa, caminando entre las mesas para observar a la gente. Todo aquello de las almas oscuras no era nuevo para mí ya que Shiri lo había mencionado en una ocasión refiriéndose a mí, pero no comprendía

qué peligro podía haber en ello. De repente se detuvo en una mesa cercana a la nuestra y volvió a colocar la espada sobre un hombre, esta vez en el cuello. Al ver lo que estaba a punto de hacer, di un paso al frente, con la intención de impedirle que le hiciera algo, pero las manos de Willem me detuvieron otra vez, rodeándome los brazos y tirando de mí hacia atrás para que no pudiera avanzar.

—De lo contrario, será castigado con la destrucción de su alma.

Cuando se marchó, siendo absorbido por la luz de una esfera, vi como todos los que estaban en la sala, incluida yo, soltaban el aire contenido y volvían a sus respectivos sitios para seguir comiendo y bebiendo. No sabía cómo podían estar tranquilos después de lo que acababa de ocurrir.

—¿Por qué ha dicho eso? ¿Qué es un alma oscura? —quise saber, intrigada, pero ellos me esquivaban la mirada.

—Es complicado de explicar —añadió Brianne con el ceño fruncido. Ella era la única que había sido capaz de contestar, porque el resto parecía asustado después de esa visita.

—Tú dijiste que yo era un alma oscura —respondí mirando a Shiri.

Los más cercanos a nosotros se quedaron mirándonos y me di cuenta de que ese ya no era el mejor lugar para hablar de aquel tema.